

# **Desafíos de la izquierda en América Latina: viejos dilemas en nuevos contextos**

**Tania Hogla Rodríguez Mora**

**Universidad Autónoma de la Ciudad de México**

**Sullivan 39-5, San Rafael, México, DF.**

**Tel. 55356198.**

**taniarodmor@yahoo.com.mx**

**Eje temático:**

Democracia, instituciones, procesos políticos y gobernabilidad.

**Tema dentro del eje:**

Partidos políticos e ideologías.

# **Desafíos de la izquierda en América Latina: viejos dilemas en nuevos contextos**

## **Palabras clave**

Izquierda, estrategia política, partidos, socialismo.

## **Abstract**

*Las identidades ideológicas no sólo no han desaparecido sino que se han redefinido y revitalizado. El proyecto de izquierda en América Latina se ha revitalizado y ha adquirido nuevos y diversos contenidos. Por tanto, es preciso analizar los elementos de continuidad y de ruptura existen en su proyecto y en sus estrategias políticas.*

*La ponencia delinea algunos de los dilemas ideológicos y estratégicos clásicos de los actores de izquierda y analiza la manera en que éstos han sido asumidos y redefinidos por los actores políticos de izquierda en la región a partir de los desafíos que genera el actual contexto sociopolítico latinoamericano. Para lograr estos objetivos se propone un modelo de análisis que elabora tipos ideales de acción política y propuesta ideológica que a partir del contraste permiten reconstruir la especificidad histórica de las fuerzas de izquierda contemporáneas en la región.*

## **Criterios para definir a la izquierda.**

Definir el concepto de izquierda es un desafío teórico y político permanente. El consenso actual en la academia, y entre los propios actores políticos, acepta la existencia de distintas izquierdas. Sus clasificaciones pueden retomar la metáfora espacial del término, encontrándonos así con el centro-izquierda o ultraizquierda. O pueden definirse en función del tipo de actor y del ámbito de acción de los mismos: izquierda electoral, izquierda política, izquierda social, etc. Y también puede ordenarse de acuerdo a sus contenidos programáticos: izquierda anticapitalista, izquierda socialdemócrata, izquierda revolucionaria. Considerando que cualquier ejercicio de definición conlleva el riesgo de la exclusión de dimensiones cuando se prioriza un contorno claro, o la pérdida la propia noción cuando se apuesta a la inclusión de la diversidad, presentaré algunos criterios con los cuales intento identificar a los proyectos y/o actores de izquierda.

Para caracterizar a un actor político como de izquierda propongo considerar los siguientes elementos en el análisis: a) la correlación de fuerzas entre los actores y sus efectos en la definición del espectro político (dimensión política y relacional de la identidad de izquierda frente a la derecha) (Bobbio, 1995); b) la forma específica en que se llenan de contenido histórico los valores abstractos de igualdad (Bobbio, 1995) y

libertad<sup>1</sup>, esto es la manera en que se posicionan frente a la tradición socialista (dimensión programática de la identidad de izquierda); c) la actitud de los actores ante el cambio histórico, observando si parten de una lógica positivista de la historia, introducida como *progresismo*, o si por el contrario, hacen del futuro un proyecto del presente y convierten a la historia en un problema político (Holloway,2002; Kolakowski, 1969) ; d) la “capacidad crítica” para superar la denuncia y definir estrategias de transformación (Kolakowski, 1969).

### **Las fuentes contemporáneas de la crisis de la izquierda**

Si la crisis de la izquierda no tiene que ver con el hecho de las opciones de valor que le dan sentido a su proyecto hayan desaparecido, por el contrario, las reivindicaciones de igualdad social podrían hoy tener más fuerza que nunca dada la enorme desigualdad que padecen la mayoría de las naciones en el mundo, pienso que el problema de la izquierda esta en el nivel de los contenidos programáticos y de la correlación de fuerzas, es decir, en lo político. La historia de la izquierda demuestra que sus posibilidades de renovación y permanencia han estado ligadas a la capacidad de actores políticos concretos de reevaluar la tradición a partir de su contexto. Esta posición centrada en el análisis de los actores no implica dejar de lado los condicionantes externos que, a fin de cuentas, son los que posibilitan o impiden la conformación de opciones políticas, al contrario, implica incluirlos como elementos activos en del proceso de reconfiguración de las identidades.

La crisis de las identidades políticas a fines del siglo XX estuvo marcada por una crisis de la izquierda, no de la derecha. La correlación de fuerzas favoreció a los representantes de la derecha<sup>2</sup> y la izquierda, en general, enfrentó dificultades prácticas

---

<sup>1</sup> A diferencia de Bobbio, no considero que sea la primacía del valor de la igualdad lo que distinga esencialmente al proyecto de izquierda. Desde mi perspectiva, es el valor de la realización de la libertad humana, de la emancipación, lo que constituye la fuerza del proyecto de la izquierda. No hay que olvidar que Marx comprendió la lucha por el socialismo, como una lucha por la emancipación para lograr que los hombres fueran verdaderamente libres, lo que por supone destruir todo tipo de determinación social y económica que ponga trabas a la realización de las capacidades humanas, incluyendo por supuesto la desigualdad social. Esta aclaración es importante dado que es un lugar común asociar el totalitarismo de los regímenes comunistas a una supuesta tendencia general de la izquierda a privilegiar el valor de la igualdad por sobre el de la libertad y a identificar al liberalismo como la gran ideología política de la libertad y la democracia. Ver: Giddens 1998 y Przerworski (1988).

<sup>2</sup> La predominancia de la derecha se manifiesta en tres ámbitos: a) un avance y consolidación de reformas estructurales de corte liberal, que garantizan nuevos modos de acumulación basados en la especulación

para articular el valor abstracto de libertad o de la igualdad (fines) con un discurso y una política posibles y capaces de generar hegemonía (medios). A continuación, repaso algunos de los diagnósticos sobre las razones y alcances de esta correlación de fuerzas.

Uno de los argumentos más repetidos para explicar la crisis contemporánea de la izquierda es la transformación de la estructura socioeconómica de clases. Este se basa en la idea de que la base social tradicional de la izquierda, la clase obrera, se ha erosionado en los últimos treinta años, y que este proceso, en la actual fase capitalista, es irreversible. Por lo que, afirma, estamos ante el fin del mundo del trabajo, y con ello, el fin de la clase obrera, de sus organizaciones –los sindicatos y partidos socialdemócratas– y por tanto de su proyecto político: la izquierda. Al respecto, Fausto Bertinotti (1998:56-57) señala que

no es casual que todos los certificados emitidos por varias fuentes sobre la ‘muerte presunta’ de Marx y del marxismo, incluido el que hoy tanto se proclama, siempre hayan estado orgánicamente relacionados con una declaración paralela de ‘muerte de la clase obrera (...) hoy es la ideología del fin del trabajo la que demuestra ser, antes de cualquier otra cosa, un instrumento completamente inadecuado para el conocimiento de los procesos reales: los informes más recientes del Banco Mundial, de la OCDE y de la OIT concuerdan en efecto en la gran expansión cuantitativa del trabajo asalariado en escala planetaria. En el mundo la fuerza de trabajo aumentó de 1 300 millones en 1965 a los casi 2 500 millones de 1995 (y se prevé un aumento hasta 3 600 en torno al 2005) y junto a eso están las cifras igualmente contundente del crecimiento de la desocupación masiva, de la precarización difusa de la relación laboral, de la intensificación de los horarios medios (hasta el récord de la semana de 70 horas en las empresas metalúrgicas de Tailandia).

Esto no significa sin embargo que se desconozca el impacto que en términos políticos tiene la evidencia sociológica de que la clase obrera no es mayoritaria entre el electorado. Este hecho fundamenta los que Przeworski (1988) ha llamado el “dilema de la socialdemocracia”<sup>3</sup>

---

financiera, y nuevas formas de organizar el poder a escala planetaria que disminuyen el poder de los estados nacionales; b) una hegemonía de los valores asociados al mercado: individualismo, competencia, eficiencia, una lógica de lo privado; c) una victoria en el ámbito ideológico que supone la naturalización de las relaciones capitalistas, en tanto que se asumen como insuperables, cuya máxima idea es “el fin de la historia”.

<sup>3</sup> “Los socialdemócratas no han sido capaces de convertir las elecciones en un instrumento de transformación socialista. Para ser eficaces en las elecciones se ven obligados a buscar aliados que se unan a los obreros bajo la bandera del socialismo, pero a la vez minan esa ideología que es la fuente de su fuerza entre los trabajadores. No pueden seguir siendo un partido exclusivamente obrero, pero no pueden dejar de ser un partido obrero” (Przeworski, 1988:41).

La combinación de la categoría de minoría con el gobierno de la mayoría representa la condición histórica en que los socialistas han tenidos que actuar. Estas condiciones objetivas obligan a los partidos socialistas a tomar una determinación: se ven obligados a elegir entre un partido homogéneo, con su llamada clase, pero sentenciado a perpetuas derrotas electorales y un partido que lucha por el éxito en las elecciones al costo de diluir su carácter de partido de clase (Przeworski, 1988:35-36).

A partir de esta tesis podemos dar como erradas las aseveraciones contemporáneas que califican de novedad a la tendencia de los partidos socialdemócratas a apelar a una base electoral multiclasista y a explicarla como una consecuencia del abandono del proyecto socialista. pues

Esta situación ha provocado que, permanentemente, el problema de las alianzas esté en el centro de la discusión de la política de izquierdas. Los otros dos problemas en la definición de las estrategias de los actores de izquierda, de acuerdo con Przeworski (1988:14) son: decidir sobre la conveniencia de perseguir el avance del socialismo dentro o fuera de las instituciones existentes en la sociedad capitalista y, decidir sobre la pertinencia de buscar mejoras parciales mediante reformas dentro del sistema o dedicar todos los esfuerzos y energías a la total abolición del capitalismo.

Sin embargo, la relación entre clase obrera y socialdemocracia no es una relación directa, sino mediada por la organización y movilización de clase. Merkel (1992) sostiene que los partidos socialdemócratas que basan su apoyo de la clase obrera también pueden beneficiarse del apoyo de otras clases y sectores sin que esto necesariamente implique una menor identificación del voto obrero. De tal forma, la crisis de la izquierda, o por lo menos la identificada con los partidos socialdemócratas, no tiene necesariamente un origen estructural dado que los líderes partidarios podrían asumir dichos cambios como una oportunidad de establecer nuevas alianzas políticas.

La elección entre pureza de clase y amplio apoyo es algo que los partidos socialdemócratas tienen que vivir continuamente porque cuando intentan aumentar su apoyo electoral más allá de la clase obrera se reduce a su capacidad de movilizar a los trabajadores. Ningún partido ha tomado esa decisión de una vez por todas, ni ésta representa una evolución unidireccional. De hecho, si en el plano electoral existe un ir y venir entre el atraerse las masas y el reclutamiento de obreros, los cambios de estrategia son imperativos, obligatorios desde el punto de vista puramente electoral. Las historias de los partidos están repletas de cambios de estrategia, con sus consiguientes cambios de dirección, controversias, cismas y escisiones (Przeworski, 1988:40).

Una serie de estudios sobre el estado de la socialdemocracia europea (Merkel, 1992; Kitschlet, 1994; Sainsbury, 1990; Kelly, 1999) han buscan explicar los problemas en el desempeño político de la socialdemocracia a partir de los cambios en la arena de competencia política y de los debates estratégicos de los partidos. En ellos se afirma que los triunfos o fracasos de los partidos socialdemócratas dependen mucho más de los procesos “internos” de las decisiones políticas en el campo de la competencia interpartidaria y de la organización intrapartidaria de las opciones estratégicas, que de las explicaciones “externas” basadas en el cambio en la estructura de clases. Desde esta perspectiva, los actores de izquierda no han sido simples víctimas de los cambios sociales, que acrecientan el dilema electoral de la socialdemocracia, y se han tornado actores capaces de adaptarse o de influir el modo y la velocidad de estos cambios (Merkel, 1992).

Otro argumento continuamente repetido es que la crisis de legitimidad y de capacidad política de los estados impacta a la izquierda debido a que la socialdemocracia y el comunismo hicieron del estado el medio básico para el desarrollo de sus políticas. Se afirma que el crecimiento de las funciones y las estructuras estatales, junto con la corrupción y la ineficiencia asociadas a él, llevaron al quere del socialismo real, y a la crisis fiscal del estado de bienestar. En ambos casos, dice este argumento, la asociación al estado ineficiente y a la burocracia corrupta ha desprestigiado a la izquierda. Como consecuencia, la izquierda enfrenta el desafío de desarrollar políticas sociales de control, regulación y distribución de los bienes sin que ello suponga un aparato estatal costoso e ineficiente en el contexto de profunda reducción del aparato estatal y del espacio público en general que ha promovido activamente el neoliberalismo.

Al igual que con la idea del fin del trabajo, a la imagen del fin del Estado como regulador de la vida social, radicalmente acentuada por los efectos de la globalización, se puede oponer una interpretación que, en la tradición inaugurada por Karl Polanyi (1992), afirma que desde los orígenes del capitalismo ha sido el Estado, quien ha llevado a cabo el proceso de reformas estructurales, quien ha asumido los costos del cambio, y quien de hecho, controla y garantiza la reproducción del modelo económico. El argumento de la desaparición del estado, que en tanto institución social no ha dejado de cumplir hasta hoy sus funciones básicas –monopolio de la violencia y garante de la propiedad–, es tramposo pues en realidad se habla de la desaparición de una forma

específica de estado que es el estado de bienestar. La izquierda se enfrenta al desafío de reformar el estado pero bajo criterios democráticos que amplíen el espacio público mermado por las políticas privatizadoras.

Pero tal vez el argumento más recurrente para explicar la crisis de la izquierda de fines de siglo fue el fin del “socialismo real”. El colapso del bloque soviético fue interpretado como la cancelación de cualquier proyecto socialista y contribuyó también a la desacreditación del marxismo. Al respecto hay que precisar que la asociación inmediata de estos tres elementos (estado soviético, proyecto socialista y marxismo) es una estrategia política que busca deslegitimar a los tres elementos en razón de la crisis de uno de ellos (el estado soviético) y que por lo tanto en términos analíticos resulta falaz.

Es innegable que “la estalinización de la Europa del este después de la segunda guerra mundial han comprometido necesariamente el lugar del socialismo” (Eley, 2003:13) como proyecto libertario. Y también es cierto que la crisis y desaparición de los estados comunistas del este europeo repercutió en la fuerza de las organizaciones de izquierda interesadas en dar continuidad al proyecto socialista y que puso en crisis al llamado “marxismo-leninismo” como teoría de la historia. Sin embargo, la experiencia soviética puede ser analizada por lo menos desde tres grandes perspectivas: la primera, la postura clásica liberal, supone que el fin de la URSS significa el fracaso histórico del proyecto socialista. La segunda, identifica en la política criminal del estalinismo un síntoma de que dentro del proyecto socialista anida un profundo autoritarismo. Esta postura, desarrollada por una izquierda reformada, repudia la idea de vanguardia, de dictadura del proletariado, de revolución e incluso de partido. Y centra sus esfuerzos en una búsqueda por nuevas formas organizativas y estrategias de cambio que se alejen de los programas unitarios, de las organizaciones verticales y del horizonte de la confrontación en términos revolucionarios (Hardt/Negri, 2002; Holloway, 2002). La tercera postura, afirma que la crisis del estado soviético no significa el fin del proyecto socialista pues su crisis fue prevista desde los primeros años de la institucionalización del régimen soviético por corrientes que se deslindaron de dicho proyecto por considerarlo contrario a los valores socialistas –piénsese, en primera instancia en el trotskismo, en la Escuela de Fráncfort y más tarde en el eurocomunismo–. La existencia de grupos políticos e ideológicos, críticos de comunismo soviético y la socialdemocracia que con diversos niveles de difusión e implantación se desarrollaron

durante buena parte del siglo XX, hace injusto e impreciso subsumir sin mediaciones a toda la tradición socialista a la crisis causada por la caída del bloque soviético<sup>4</sup>.

Ante el derrumbe de los regímenes comunistas europeos en primeros años noventa terminó y la creciente hegemonía del proyecto neoliberal que se consolidaba como una nueva forma de dominación económica y cultural, las izquierdas no tuvieron más camino que reconocer su crisis e iniciaron un lento proceso de recomposición que no ha derivado en soluciones unívocas ni totales.

En estrecha relación con el argumento del fracaso del proyecto comunista se difundió la idea del “fin de las ideologías”. Podemos objetar que la propia idea del fin de la ideología es ya una declaración ideológica y que por tanto, la vigencia del debate demuestra que las ideologías no han desaparecido y que están más vivas que nunca. El consenso neoliberal ha buscado ocultar las diferencias políticas bajo la lógica tecnocrática de que “no hay políticas de izquierda ni de derecha, sólo hay buenas y malas políticas”. La creencia de que la presencia de partidos *catch-all* en las democracias es evidencia de la desaparición de las ideologías ha sido reiteradamente negada por la aparición de nuevos partidos y movimientos con discursos y proyectos ideológicos en ambos lados del espectro político.

Por último, Anthony Giddens (1998) afirmó que los rasgos distintivos de la izquierda son su afán de cambio y la radicalidad de su política. Tradicionalmente podía ser definida como una corriente que busca la transformación social con respecto a una derecha conservadora aferrada a la tradición

La idea de radicalismo político se ha vinculado principalmente al pensamiento socialista. Ser “radical” era tener una concepción determinada de las posibilidades inherentes a la historia... romper con

---

<sup>4</sup> No desconozco que existe una estrategia señalada por M. Foucault (1992:173-176) como lógica de las comillas, pues ya desde los setentas se extendió el uso de la fórmula “socialismo real” para distinguirlos del verdadero socialismo y evadir la discusión política e histórica de lo sucedido tras la revolución bolchevique, pero las corrientes aquí señaladas, particularmente las formuladas por León Trotsky, fueron elaboradas con suficiente anterioridad a la actual crisis como para ser subsumidas a una argumentación construida a posteriori.

<sup>5</sup> Con este nombre Otto Kirchheimer en su libro *The transformation of Western European Party System* (1966) intentaba describir un nuevo tipo de partido que con la desideologización de la sociedad se haría predominante. “Los partidos de integración de masas, producto de la era de las fuertes divisiones de clases...se transforma en un *catch all*(...).Abandonando su relación moral e intelectual con las masas, se vuelve más hacia la escena electoral, intentando cambiar eficiencia por profundidad de una audiencia por inmediatos éxitos electorales”.



las ataduras del pasado. Algunos radicales fueron revolucionarios... sin embargo, el rasgo definitorio del radicalismo político, no fue nunca la idea de revolución sino su progresismo (Giddens, 1998:11).

Es justamente a partir de estas características que Giddens diagnostica el agotamiento de la identidad de izquierda tradicional y la inutilidad de la diada izquierda-derecha. Desecha la idea de una izquierda “progresista”, “avanzada” o de “vanguardia” al identificar estas nociones con la visión, ampliamente criticada, de historia como progreso.

Giddens (1998) fundamenta su argumentación en su observación de que el fin del siglo XX nos deja “un conservadurismo hecho radical <que> se enfrenta a un socialismo hecho conservador” (1998:12). Así, afirma que la derecha neoliberal se ha vuelto radical, abandonando la tradición e impulsando reformas, mientras que la izquierda desarrolla políticas conservadoras; por ejemplo, cuando intenta proteger lo que queda del estado de bienestar. Este “hallazgo”, basado en la observación de la política europea de los años ochenta y noventa, más que explicar como se transformaron las correlaciones de fuerza entre las derechas y las izquierdas o cómo se ha transformado el proyecto político de izquierda, le sirve a Giddens (2001) para sustentar en términos políticos la necesidad de una “tercera vía” y la declaración de muerte de las aspiraciones reformistas clásicas de la socialdemocracia<sup>6</sup>. Los efectos políticos de esta argumentación se han multiplicado, no sólo en Europa sino también en América Latina, donde los actores de derecha, piden reiteradamente a las izquierdas que se “modernicen”, queriendo decir que dejen de lado sus crítica radical al sistema y asuman como dado las relaciones capitalistas y algunos de los dogmas de la política macroeconómica neoliberal. Esta “modernización” de la izquierda en la mayoría de los casos supone su arrinconamiento a una política de lo dado.

### **El problema de los medios de lucha y las decisiones estratégicas.**

---

<sup>6</sup> Los primeros años noventa fueron los años del ascenso de la *tercera vía* que se presentaba como la resurrección de una socialdemocracia derrotada por el neoliberalismo y en colapso por la caída del los regímenes comunistas. Los gobiernos de William Clinton en Estados Unidos, de Lionel Jospin en Francia, Gerhard Schroeder en Alemania y principalmente el de Anthony Blair (1998) en el Reino Unido se identificaron con esta renovación política que, en gran medida, se fundó en políticas mediáticas –como admite Giddens (1998:182)– que difundieron un discurso que en la forma se diferenciaba de sus antecesores conservadores pero que aplicaron las mismas políticas macroeconómicas. La presentación más acabada de esta postura la encontramos en el documento *Europa: La tercera vía/el nuevo centro* firmado por Blair y Schroeder en 1999. La nueva agenda de la tercera vía más pronto de lo pensado se topo de frente con los límites de los consensos neoliberales que impidieron que su artificioso cambio se legitimara como opción política. Para conocer el debate alrededor de la tercera vía ver: Giddens (2001) Saxe-Fernández (2004).

Los actores políticos de izquierda, que por definición se proponen cambiar el orden social con distintos grados de radicalidad, viven de manera más aguda las contradicciones que derivan de una práctica política que intenta transformar el orden social dado que los condicionantes institucionales generan fuertes tendencias a incorporarlos al *statu quo*.

Desde el punto de vista del mantenimiento de un *status quo*, discernir entre “lo posible y lo imposible, lo viable y lo inviable, lo eficaz y lo ineficaz, tiende a ser un asunto rutinario” (Flisfisch, 1991:111); por el contrario, en el caso de políticas que buscan distintos grados de transformación social definir lo posible o lo imposible y lo eficaz o ineficaz es un continuo desafío político y programático. Max Weber, un pensador particularmente desencantado al que difícilmente podríamos tachar de utopista o soñador, trazó los rasgos definatorios de la *vocación política*, cuando señaló que aquel que hiciera de la política su vida debía tener claro que “en este mundo no se consigue nunca lo posible si no se intenta lo imposible una y otra vez”(Weber, 2005:179).

En oposición a la argumentación weberiana, la expresión “la política es el arte de lo posible ” generalmente se interpreta de manera contraria, convirtiéndose en “el lema de los políticos cínicos” (Lummis, 2002:205), es decir, de los políticos de la adaptación, la repetición y la renuncia, totalmente lo opuesto a la política como práctica transformadora. Esta interpretación es principio rector de un tipo de práctica política que, en su afán de ajustarse a lo real y a las opciones factibles, renuncia y abandona los proyectos de transformación social. Siendo justos con el concepto weberiano, este tipo de práctica no es ya propia de un político y se acerca a la noción de burocracia.

Si el elemento decisivo para caracterizar el *ethos* del “político” es la capacidad para definir de manera autónoma los valores/fines que orientan la acción, el *ethos* del “burócrata” es, según Weber, aquel incapaz de establecer el fin/valor último de su acción y habilitado únicamente para cumplir procedimientos, y optar entre ellos bajo el criterio de lo técnicamente adecuado. El burócrata es capaz, entonces, de definir medios, pero no fines; así, la *política burocrática* es la política de la repetición y la justificación de los medios. Al respecto, Plot (2003) propone la metáfora del *kitsch político* para dar cuenta del vaciamiento de contenido y reiteración de las prácticas políticas de los partidos en las democracias contemporáneas. Así, los partidos que

asumen una *política kitsch* tienden a auto-limitarse, postulando proyectos y discursos que son parte de la cultura y sentido común de la ciudadanía, y que tienden, por tanto, a ratificar el estado de cosas<sup>7</sup>.

En el clásico ensayo “Vanguardia y kitsch” (1939/2002), el crítico de arte Clement Greenberg contraponen ambos conceptos señalando que, mientras la obra de arte vanguardista se preocupa por ser un acto genuino de expresión y por problematizar la imitación artística de la naturaleza; el kitsch, por el contrario “es mecánico y opera mediante fórmulas”. Por el contrario el término *vanguardia*, que tomó carta de naturalización tanto en el arte como en la política, hace hincapié en la voluntad de ruptura e innovación de los códigos estéticos o en términos políticos se identifica a proyectos y prácticas políticas que buscan una transformación radical de la vida social, en muchos casos mediante la vía revolucionaria, y ha sido generalmente asociada a los grupos socialistas y comunistas. Sin embargo, pese a su oposición, entre ambos términos Umberto Eco advierte una relación dialéctica

No solamente surge la vanguardia como reacción a la difusión del kitsch, sino que el kitsch se renueva y prospera aprovechando continuamente los descubrimientos de la vanguardia (...) <existe> una continua dialéctica entre propuestas innovadoras y adaptaciones homologadoras, las primeras continuamente traicionadas por las segundas: con la mayoría del público que disfruta de las segundas, creyendo estar disfrutando de las primeras (Eco citado por Plot, 2003).

Debe resaltarse que las tendencias burocráticas y kitsch son las responsables de la creciente importancia de expertos o especialistas en las campañas que mediante encuestas, diseños de imagen y estudios de impacto público, intentan reducir la incertidumbre del resultado de la acción política<sup>8</sup>. Asimismo, el concepto de *acción política burocrática*, también nos es útil para caracterizar una práctica política que absorbida por su preocupación por los medios (la imagen, las encuestas y la técnica) es

---

<sup>7</sup> En palabras de Harold Rosenberg el *kitsch* es: a) arte que tiene reglas establecidas y, b) arte que tiene una audiencia previsible, efectos previsibles y recompensas previsibles” (Plot, 2003:18-19). Debido a esto, el *kitsch* se presenta como arte novedoso cuando en realidad es planificado y redundante pues presenta formulas utilizadas con éxito en otras ocasiones. “En otras palabras, el efecto esperado de la acción – el agrado del público- es <anticipado> técnicamente y luego reintroducido como guía para la acción misma. La diferencia entre una expresión original y la estandarización metodológica que es el *kitsch* radica en que, en cada gesto el *kitsch* imita la expresión original exitosa, para reducir la incertidumbre con respecto a su sentido final (2003:33-34)”.

<sup>8</sup> “Los actores políticos kitsch convierten el diálogo natural entre acción política y opinión pública en un círculo vicioso en el que una imagen cristalizada de la realidad es asumida como la única inspiración posible de la política” (Plot, 2003:83)

incapaz de proponer fines (proyectos) quedando por lo tanto atrapada en un sistema de valores que no son cuestionados.

La esperanza de Weber de que la renovación de la política en las democracias burocratizadas de masas vendría por parte de líderes políticos capaces de definir nuevas relaciones valor/fin (proyectos) y dispuestos a defenderlos en una “lucha a muerte entre dioses”, está constantemente amenazada por el hecho de que para impulsar sus proyectos (valores/fines) estos caudillos en busca de votos deben convivir dentro del espacio público con otros proyectos políticos, estando dispuestos a discutir públicamente sus opciones e incluso a cambiar de opinión. Los regímenes democráticos imponen un determinismo sistémico a la política al exigir de los participantes una “autodisciplina democrática”, que según Shumpeter (1968) se funda en “un respeto absoluto a la ley y un alto grado de tolerancia hacia las diferencias de opinión por parte de la ciudadanía”. Esta autodisciplina, si bien pone freno a la tendencia a la “lucha a muerte” descrita por Weber, también pone límites a la definición de proyectos posibles y se convierte en un estímulo para la política kitsch y burocrática.

En la política de izquierda la tensión derivada de adecuar los medios a los fines se agudiza, debido a que la realización de un proyecto de transformación que promueva la justicia y la igualdad exige, además de la voluntad política de plantearlo, calcular las posibilidades de éxito en función de condiciones estructuradas. Los riesgos de fallar en la selección de los medios se acentúan notablemente en la política que intenta transformar el orden dado, debido a la magnitud de la distancia entre la estructura de ideales y la realidad (Flisfisch, 1991:111).

De este modo, hay que reconocer que en la conocida, consigna maquiavélica de “el fin justifica los medios” se registra una confusión similar a la de “la política como el arte de lo posible”. En clave cínica la consigna puede leerse como una recomendación de hacer uso de cualquier medio disponible con tal de lograr el fin deseado. Sin embargo, en una interpretación con criterios de racionalidad, y en cierta medida de ética, la conseja maquiavélica establece justamente lo contrario: no es correcto pensar que *cualquier* medio nos acerca al logro del fin deseado, y por ello es preciso determinar con cuidado cuales son los medios adecuados, aquellos que

“justifiquen” –hagan justicia a– al fin buscado<sup>9</sup>. Al respecto Trotsky (1973) advierte “en la vida práctica tanto como en el movimiento de la historia, el fin y los medios cambian si cesar de lugar” pues existe entre ellos una “interdependencia dialéctica” que debe ser permanentemente controlada mediante la crítica de los proyectos (fines) y de los cursos de acción.

La elección de los medios de lucha (por ejemplo, la participación en elecciones o la lucha armada)<sup>10</sup> se ha convertido en un elemento de diferenciación entre las izquierdas pero es preciso no equiparar esta diferencia entre los medios con la contraposición entre reforma y revolución que hace referencia a una diferencia entre opciones estratégicas<sup>11</sup>, es decir, a los alcances del proyecto político y a la composición de clase de sus actores. De este modo existen diferencias sustantivas entre los alcances de un programa socialista y revolucionario que busca la emancipación de la humanidad y por tanto la abolición del capitalismo y un programa de reformas que busca alterar la correlación de fuerzas a favor de los trabajadores dentro del sistema.

### **Tipología para pensar la izquierda latinoamericana**

En las reflexiones y estudios sobre los nuevos actores de izquierda en América Latina (Castañeda, 1993; Löwy, 1999; McCaughan, 1999; Petras, 2000a y 2000b; Harnecker 1999; Aguirre, 2005) la discusión se centra en la caracterización de sus políticas. Así, se discute si son reformistas, pragmáticas o socialdemócratas. Castañeda (1993), por ejemplo, subraya que la mayoría de los actores de izquierda han abandonado la vía armada como forma de lucha política, convirtiéndose, en su práctica y objetivos, en una especie de socialdemocracia latinoamericana que, a través de su participación política,

---

<sup>9</sup> Esta es la interpretación que, por ejemplo, da León Trotsky (1973:80) cuando advierte al movimiento obrero que “cuando decimos que el fin justifica los medios, la consecuencia que sacamos es que el gran fin revolucionario rechaza de sus medios los procedimientos y los métodos indignos que colocan a una parte de la clase obrera contra la otra, o que intentan realizar la felicidad de las masas sin su propio concurso; o que disminuyen la confianza de las masas en sí mismas y en sus organizaciones sustituyéndoles la adoración hacia los jefes” <Es por esta razón que> si nuestros fines, por más lejanos que sean no se encuentran anunciados en nuestros medios, al menos por alguna cualidad que los distinguen, estos medios desorientan a la historia”.

<sup>10</sup> “La principal duda acerca de la participación en las elecciones era la de si la revolución no iba a ser necesaria de todas formas como decía August Bebel en 1905: <como medida puramente defensiva, diseñada para salvaguardar el ejercicio del poder legítimamente adquirido por medio de las urnas>” (Przeworski, 1988:19-20).

<sup>11</sup> “El problema no es si son posibles las reformas sino si lo es el reformismo (...) la posibilidad de que las reformas conduzcan al socialismo, y eso no es lo mismo.” (Przeworski, 1988:271-272 “Las reformas conducirían al socialismo si y sólo si: 1) fueran irreversibles, 2) de efectos acumulativos, 3) conducentes a nuevas reformas, 4) dirigidas hacia el socialismo.” (Przeworski, 1988:272)

intenta mejorar las condiciones de vida en sus países en el marco del mercado. McCaughan (1999) identifica a esta izquierda como reformista de componente liberal; en el mismo sentido, Petras (2000a) la identifica como social-liberal o pragmática, reconociendo que estos actores tienen como agenda política aumentar gradualmente los gastos sociales, pero mantener sin variación la política de distribución de la renta y de estabilización ortodoxas. Harnecker (1999), asimismo, identifica algunos actores que enarbolaban proyectos políticos de transformación social y que han derivado en políticas reformistas. En este mismo sentido, Aguirre (2005), siguiendo en sus supuestos de análisis a Arrighi, Hopkins y Wallerstein (1999), asocia la crisis de estos actores – principalmente los partidos de izquierda– con la crisis de “la política moderna” y con el ascenso de nuevos actores políticos anticapitalistas que actúan fuera de los sistemas políticos. Por su parte, Miliband (1993) plantea que el objetivo de este tipo de izquierda es luchar por un capitalismo más humano, renunciando a la construcción del socialismo<sup>12</sup>.

Todos estos autores, al mismo tiempo, reconocen que además de esta izquierda electoral de corte reformista, ha existido, y hoy adquiere cada vez más relevancia política, la izquierda radical y anticapitalista, que en algunos casos, mantiene dentro de sus repertorios de acción la lucha armada, y asume el horizonte de la revolución y de la construcción de un orden social y económico diferente al capitalismo (Castañeda, 1993; McCaugahn, 1999; Aguirre 2005). La presencia de esta otra izquierda supone un fuerte desafío a la izquierda electoral, y es por tanto necesario reconocerla en el análisis.

El debate contemporáneo sobre la izquierda electoral latinoamericana surgida en los ochenta, está marcado por la caracterización de la misma, en términos de su radicalidad política. Los diversos autores interesados en el tema debaten sobre la capacidad transformadora de estos partidos y coinciden en que las tendencias *socialedemócratas* (Petras, 2000a), *reformistas de izquierda* (Miliband, 2003) o *renovadoras* (McCaughan, 1999) son capaces de integrar a la agenda pública temas como la redistribución de la renta, la reasignación de gastos público en políticas de

---

<sup>12</sup> Perry Anderson reconoce que ante los cambios en el escenario mundial hay un sector de la izquierda tradicional que asumió una postura *acomodatícia* que asume al capitalismo como un orden social necesario. Señala que “la gama de formas que se alcanza la acomodación es muy amplia [...] va desde el reconocimiento abierto de una superioridad de la empresa privada, hasta el simple abandono del tema de regímenes de propiedad. Una consecuencia del cambio en el clima ideológico general es que se vuelve cada vez menos necesario tener que expresar una postura con respecto a estas cuestiones, ya que se salen del perímetro del debate signficante” (2000:9).

bienestar social, y la profundización de las reformas democráticas y que, en cierta medida, sus proyectos políticos mantienen su potencial antisistémico (McCaugahn, 1999). Sin embargo, también existe coincidencia en que la renuncia de estos partidos a transformar sus sociedades en un horizonte anticapitalista los apega a las políticas macroeconómicas neoliberales y restringe su campo de actuación a las reglas y valores de la democracia representativa liberal.

Con lo anterior, podemos tener como hipótesis de trabajo que por las características del contexto político y social de esta nueva izquierda electoral en América Latina, distinguimos entre dos tipos ideales de estrategias políticas: una *estrategia social-liberal* y una *estrategia socialdemócrata*. La resolución entre una estrategia u otra dentro del marco de determinadas coyunturas tendrá que ver con la estructura de la organización partidaria –su grado de democratización e institucionalización y la correlación de fuerzas entre los distintos grupos–, la claridad de su programa político, así como, de la estructura de oportunidades políticas. En otros términos, y en el contexto de regímenes democráticos en construcción, el despliegue de una *estrategia social-liberal* se traduciría, en términos de Panebianco (1993), en una lógica de adaptación, es decir, una estrategia política que busca la maximización de votos a costa del proyecto político. Esto, en términos weberianos significaría una práctica política que privilegia los medios sobre fines y que, como explicaré más adelante, se relaciona con un *ethos* burocrático o kitsch (Plot, 2003). Por otro lado, la implementación de una *estrategia socialdemócrata* implicaría el desarrollo de lo que Panebianco (1993) llama estrategias de dominación, es decir, privilegiar el desarrollo del proyecto político aun a costa de la maximización de votos. Esto, nuevamente en términos weberianos, significaría un privilegio de los fines sobre los medios, que se empata con el desarrollo de una *ethos* político autónomo y propositivo.

Es indispensable aclarar que, siguiendo la metodología weberiana de los tipos ideales, la caracterización teórica de estas estrategias tiene un uso heurístico y no descriptivo; así como no existe una estrategia estrictamente de dominación, tampoco existe una estrategia de adaptación totalmente apegada a las demandas del medio. Lo que encontramos generalmente son acciones que mezclan las dos lógicas. El interés, por tanto, estriba en conocer en qué condiciones y hasta qué punto se conjugan estas dos lógicas de comportamiento político en situaciones específicas.





**Cuadro**  
**Esquema para analizar las estrategias políticas**  
**de los partidos de izquierda**  
**Estructura de oportunidades**

